

Martinillo - Pedro - Tó Lucas - Frascuito Paulan
El Camastrón - Cortinas - Rafael Duenas -
Patapiña - Palomero - Campanita - El Plumero.



Una villa española en el siglo XV. Calles
torcidas, irregulares, llenas de polvo y de
sol. Artesanos trabajando en sus diversas la-
bores. Artieros. Carros. Recuas de mulas. Al-
gunas viejas entortadas.

Es por la mañana. El sosiego de la villa
se quiebra un momento. Hombres, chiquillos y
mujeres corren o apresuran el paso en una
misma dirección. De algunas cesas salen
también gentes que se suman a los transeúntes.
El objeto de esta curiosidad es un juglar que
a la puerta del mesón está recitando sus roman-
ces. La llegada de uno ^{de estos} juglares a los pequeños
poblados lleva siempre consigo el mismo
servicio. Este que ahora recita va de paso ha-
cia un castillo cercano y al pasar junto a
la hospedería se ha detenido reclamando por
el hambre y el deseo de echar un trago. A
cambio de unas tajadas y unos vasos de vino
se ha puesto a contar sus historias acompa-
ñado de un rabel.

La gente se arremolina en torno suyo.
El juglar anuncia un romance muy curioso
donde se habla de las aventuras de una don-
cella guerrera. Suenan primero los compass
de una tonada o melopea, y a continua-
ción el propio ~~se~~ recita lo siguiente:

(Romance de La Doncella Guerrera)

Al terminar su recitación el juglar,
mientras vien, aplauden o gritan imbos y
chicos, los viejos al marfen del grupo comen-
tan.

Un viejo. - Lo de siempre... Fantasías de

2 / estos locos... Una mujer entre soldados, cabalgando y guerreando como un hombre... ¿quién se traga esa superchería?

Otro viejo. - ^{Vaya, metida,} ¡Papas saber, tío Memo! En estos reinos todo es posible... Poco sé yo de nuestros abuelos ni de los que vivieron allá, que ellos, pero tiempo entendido que en nuestra tierra, en esta tierra se espantaban, siempre ocurrieron cosas muy peregrinas... Pastores que se hicieron generales... Reyes que dejaron el trono por el claustro... Y mujeres, sí señor, mujeres, que se portaron como los varones más temidos... ¡Lo que no pasa en Castilla!... Y siempre igual. Hoy lo mismo que ayer. Y mañana...

Campamento guerrillero en una sierra de España. Época actual. Es de madrugada. La luna baña el lugar. Los hombres duermen al amparo de un bosquecillo. Sólo vela el Jefe. El Jefe que, en compañía de un viejo - el mismo viejo a quien oímos hacer las últimas reflexiones de la escena anterior -, se lamenta de la difícil situación por que atraviesa la guerrilla.

Jefe. - No..., no es fácil mantenerse así mucho tiempo...

Viejo. - No se desesperes, Pedro. Otros peores hemos pasado...

Jefe. - ¿Pero ^{usted lo sabe,} que ésta?... Yo no le temo al pelipso..., le temo a esta escasez de hombres... ¡Mata Han dejado en cuadro la guerrilla!

Viejo. - ^{guerrilla!} Aguardadernos sin atacar hasta reunir otra vez gente.

Jefe. - Pero es que ni así podemos. ¿Y si nos atacan ellos?... ¡Hombres! ¡Necesito hombres!...

3 / Cocina rústica de una casa de labor en un pueblo de España. Chimenea de campana al fondo, a donde arden unos troncos. Repartidos por el recinto, cacharros y trébejos. Es de día. Un anciano, sentado en un sillón, solloza. Tres mujeres jóvenes le hacen compañía. Una de ellas - Dolores - se convertirá después en el Martiniello de nuestra historia.

Anciano. - ¡No puedo olvidar... No puedo... ¡Asesinos! ¡Cobardes!

Una hija. - Pero, padre... ¿Se va usted a consumir... ¡Así tres días!

Anciano. - ¡Y cien! ¡Y cien mil! ¡Y todo lo que me reste de vida, si no logro vengar estos crímenes! ^{¡Cobarde! ¡Asesino!} ^{Dios mío, ¿qué puedo hacer?}

Otra hija. - Pruebe a tomar un bocanado, padre... Descanse al menos.

Anciano. - No puedo... ¡No quiero! No, no quiero interrumpir un solo momento este dolor... este pensamiento que busca y maquiná ^{fatigosamente} su degüite...
(Pausa) ¡Asesinar a mi Matías, que era la flor de esta casa! ¡Llevarse a una prisionera a mi Loreuro, que es la inocencia misma!...

Una hija. - Algún día pagarán tanta maldad...

Anciano. - Sí, pero no la pagarán en mis días. No seré yo el que dicte su sentencia... y el que la ejecute... Y ellos, ellos, mientras tanto, celebrando su barbarie, sus tropelías... Y yo aquí, solo, inútil, incapaz de ir a buscarlos y arrancarlos el corazón...

Dolores. - (Saliedo de su nuntismo. Timidamente) Solo, no, padre... Estoy yo aquí...

Anciano. - Tú... ¿Y qui puedes hacer tú, pequeña?

Dolores. - Padre...

Anciano. - Si, ¿que puedes hacer tú para aliviar-me esta llaga?...

4 / Dolores. - Subir al monte...

Anciano. - ¿Al monte? ¿Y qui harás allí?

Dolores. - Unirme a los guerrilleros, pelear a su lado..., vengar a mis hermanos...

Anciano. - (Dubitativo) No podrías. Eres débil...

Dolores. - (Como si no lo oyera) Hace tiempo que lo tenía pensado, padre... Antes de que se llevaran a Matías, Lorenzo. Sí, mucho antes... Sentía deseos de huir, de dejar esta casa donde me puedo sin hacer nada, y seguir la suerte de los del monte... Era como si una voz, una voz tremenda, un vozarrón se hiciera que nadie oyera más que yo, me estuviese llamando constantemente: "¡Ven! ¡Ven!... Aquí está tu puesto! ¡Ven!..."

Anciano. - (Acariciándola) ¡Hija mía!

Dolores. - (Como iluminada) Y ahora, no es sólo la voz. Ahora son también mis hermanos los que me llaman... ¡Tengo que ir, padre! Si usted no me da permiso...

Anciano. - Pero, hija, arriba, entre guerrilleros, no se admiten mujeres...

Dolores. - Yo no seré una mujer; seré un hombre... Me vestiré como un hombre

Anciano. - Te descubrirán... Verán por el cuerpo...

Dolores. - Yo lo ignoraré. Yo endureceré este mi cuerpo entre los riscos, bajo la lluvia.

Anciano. - Te sebotarán tus ojos...

Dolores. - Mis ojos... ¿Cree usted que en mis ojos hay otra cosa que miradas de furia, de rencor, de venganza?

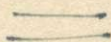
Anciano. - Notarán que no sirves..., que no

5 / puedes bajar por una montaña; que no sabes manejar un asna...

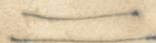
Dolores. - Yo ^{iré donde voy} baxa ~~la~~ ^{ya} el primero, y haré lo que él haga. Mi voluntad está decidida...

Anciano. - ¿Y si alguien sospecha antes de que partas...?

Dolores. - Ya lo tengo todo previsto... Llegaré al monte, padre. ¡Llegaré! Esta noche, al filo de la madrugada, cuando todo el mundo duerma...



Afuera del pueblo. Noche oscura, cerrada. Ocultándose en las sombras camina Dolores vestida de hombre. De vez en cuando, como precaución, se detiene y mira hacia atrás; luego, sigue avanzando. Por último, se pierde en el camino.



La falda espesa de un monte. Noche oscura, cerrada. En una quebradura conversan tres personas. A la luz de un pequeño fuego que han encendido para calentarse, se les ve la cara. Una es Dolores, transformada ya en hombre. Los otros son: Rafael Dueñas y El Camastrón, dos mozos que desde un pueblo lejano han seguido trochas y senderos para unirse a las guerrillas. Momentos antes se han encontrado con Dolores y, aunque desconfiados, la han admitido en su compañía.